

por el Ebro echó el enemigo un puente flotante de madera sobre el rio, formando un ángulo saliente contra la corriente en el parage en que ésta era mayor, enterradas sus cabezas en ambas orillas, y con dos amarras que salían á veinte varas á la parte superior; defendíanle sus parapetos, cañoneras y estacadas. Contra esta obra levantaron los nuestros varias baterías en el arrabal, desde las cuales sostenían largo tiroteo los paisanos, distinguiéndose entre ellos el ya otras veces nombrado tío Jorge. A muchas refriegas dió ocasion el establecimiento de aquel puente de balsas y el empeño de incomunicar por allí la ciudad, acudiendo á veces con refuerzos á aquella parte ya don Francisco Palafox, ya el mismo general su hermano, ya el intendente Calvo de Rozas, cuyo caballo derribó una vez un casco de granada. Y si bien los enemigos no lograron cumplidamente su propósito, consiguieron hacer mucho daño en las mieses, correrse hasta el rio Gállego, cuyo puente incendiaron, así como las acequias y molinos que surtian de harinas la ciudad. Hicieron lo mismo, y fué uno de los mayores contratiempos para los de Zaragoza, con las de la fábrica de Villafeliche, que les había estado abasteciendo de pólvora.

lar, llamado de los jóvenes, que serían unos 626, y las compañías de Tauste: debiendo agregarse la tropa que entró el 9 de julio con don Francisco Palafox, y la porción de caballería coordinada bajo la dirección del coronel Acuña.—

Alcaide, Sitios de Zaragoza, tomo I. cap. 15.

Las fuerzas que mandaba Verdier ascendían á 13,000 hombres. —Memorias del rey José, tomo IV. Correspondencia, página 363.

vora. Para ocurrir á estas dos necesidades, que los ponían en la mayor angustia, se mandó que toda la harina que existía en la ciudad se destinase á amasar solamente pan de municion, del cual se conformaron todos á comer: y para la fabricacion de alguna pólvora se apuró todo el azufre que había, y se arbitraron los mas ingeniosos medios para obtener salitre y carbon; así la invencion de los medios como las operaciones necesarias para alcanzar los resultados, se debieron al celo y conocimientos especiales del distinguido oficial de artillería don Ignacio Lopez.

Reinaba en lo interior de la ciudad agitacion extraordinaria, propia del estado de sobreescitacion de los ánimos, y uno de los trabajos de Palafox era oír los encontrados dictámenes y las opuestas censuras de militares y paisanos, tolerar actos de insubordinacion en gentes muy exaltadas y muy poseidas de fuego patrio, pero no hechas á los hábitos de la obediencia, sufrir las fatales tergiversaciones que solían hacerse de sus órdenes verbales, y sobre todo evitar desórdenes y vejaciones, como la que intentó un eclesiástico llamado García, que fingiendo una orden pidió gente para degollar todos los franceses que se hallaban en las casas de la academia de San Luis, y á quienes la junta popular había dispuesto reunir allí, precisamente para ponerlos á cubierto de todo insulto (1). En medio de

(1) Este eclesiástico tenía ins- propósitos semejantes á los del tintos y abrigaba intenciones y canónigo Calvo en Valencia, y lle-

una situación tan violenta y angustiosa ni los ánimos se abatían, ni dejaba de vigilarse constantemente al enemigo. Bien lo experimentó éste cuando saliendo una noche (17 de julio) muy sigilosamente del convento de Capuchinos con ánimo y esperanza de sorprender la puerta del Cármen, los nuestros que no dormían los dejaron aproximar sin dar señales de haberlo notado, y en el momento de dar el asalto rompieron de repente un fuego vivo dejando sin vida á los que tan confiados y ya tan seguros se creían. De cuantas sorpresas intentaron los sitiadores en el resto de aquel mes, en ninguna los encontraron desprevenidos. Antes bien, en una ocasión tuvieron los españoles la audacia de acercarse al Monte Torrero, mientras otros caían de rebato sobre el atrincheramiento francés, introduciendo en él la confusión, y volviendo á la ciudad con trofeos cogidos al enemigo y con señales inequívocas de que habían necesitado para ello de ímpetu y arrojo. Iguales y no menos arriesgadas salidas hacían por la parte del Ebro y del Gállego, y en varios reencuentros sacaron ventaja y ganaron reputación de arrojados algunos gefes militares como Torres, Obispo, Estrada, y Velasco, distinguiéndose entre ellos en los combates del 29 y 30 el coronel don Fernando Gomez de Butron,

vaba trazas de ejecutar parecidos horrores, si no hubiera sido tan pronto reprimido y escarmentado por autoridades tan enérgicas y tan nobles como Palafox, Calvo de Rozas, y la junta entera.—Alcaide, Sitios de Zaragoza, tom I., cap. 46.

cuyos partes se publicaron en Gaceta extraordinaria.

Mas toda la importancia, todo el interés, todo el valor de estos combates parciales desaparece, ó por lo menos se debilita ante la gran lucha que esperaba á los zaragozanos, y que habia de poner á prueba y hacer célebre en el mundo su constancia, su patriotismo, su valor indomable. El bombardeo que se renovó el último dia de julio y los dos primeros de agosto no fué sino como el preludio y la preparacion de otros dias de horror, de desolacion y de estrago por una parte, de arrojo y denuedo por otra. Los franceses habian construido un camino cubierto desde el convento de San José por la orilla del Huerva hasta el punto llamado la Bernardona. El coronel de ingenieros Lacoste, ayudante de Napoleon, que llegó despues de los primeros ataques, les hizo ver que no eran aquellos puntos, sino el lado de Santa Engracia, por donde convenia embestir la ciudad. Con arreglo á su plan se colocaron hasta sesenta cañones, obuses y morteros, en siete baterías, algunas casi á tiro de pistola, todas á corta distancia de aquellas débiles tapias, que no muros, que delante tenían. En la mañana del 3 de agosto una lluvia de bombas y granadas, que hasta mas de seiscientas en tres horas contó el vigía de la Torre Nueva, cayó sobre el barrio situado entre Santa Engracia, el Cármen y el Coso, destrozando unas casas y desplomando otras. Muchas de ellas, ó por acaso, ó de propósito, fueron dirigidas y cayeron sobre el hospital

general, lleno de enfermos, heridos, niños espósitos y dementes. Escena lastimosa y triste la de aquellos desgraciados, que, despavoridos y temblorosos, se levantaban y corrían desnudos, los que no yacían postrados, buscando cómo salvarse, sin atinar cómo ni dónde, y la de los caritativos vecinos que acudían á trasladar en hombros los que podían á sitio más seguro. Así pasó aquel día en horroroso estruendo, que hacia retremblar la ciudad y se dejaba sentir algunas leguas á la redonda.

A la mañana siguiente (4 de agosto), despues de un simulado ataque á la Aljafería y puerta del Portillo, se descubre de repente la formidable batería de Santa Engracia; veinte y seis piezas vomitan simultáneamente fuego contra el convento de este nombre, y casi todos sus defensores perecen entre sus ruinas: á las cinco horas quedan arrasadas todas las baterías de los zaragozanos; por dos anchas brechas que se han abierto se precipitan los franceses, atravesando el Huerva, é internándose en la población. Síguense récios y personales combates, con valor desesperado, sostenidos entre cadáveres y escombros. En lo más empeñado de la lucha hace el general Verdier llegar á manos de Palafox la siguiente lacónica propuesta: «Paz y capitulación» El caudillo de los zaragozanos le responde sin vacilar: «Guerra á cuchillo» Respuesta digna de los tiempos heroicos de Lacedemonia. Sigue la sangrienta lid, y pisando por

encima de cadáveres avanzan los franceses llenos de orgullo hasta la calle del Coso. ¡Confianza temeraria! Una batería levantada precipitadamente hace tal estrago en los que en ella iban á desembocar, que renunciando á penetrar de frente, tienen que dirigirse por calles laterales y estrechas, y sufrir un fuego horroroso á quemarropa de todas las casas, hasta lograr entrar en ella y apoderarse del convento de San Francisco y del hospital general, donde hubo escenas terribles de espanto y de dolor. Tal vez no habrían ganado el Coso si la desgracia de haberse volado un repuesto de pólvora que cerca tenían los españoles no hubiera producido en estos cierto pavor y consternación.

Entonces abandonaron los nuestros, siendo uno de los últimos Calvo de Rozas, la batería que enfilaba á la calle de Santa Engracia, y encamináronse con él al arrabal, decididos á rehacerse allí y tomando más gente, volver á continuar la lucha, y prolongarla, si era posible, hasta la noche, dando así lugar á que vinieran los refuerzos que de fuera se esperaban. Porque en las primeras horas de aquella tarde calculando Palafox que le faltarian gente y recursos para desalojar los enemigos, determinó romper á todo trance la línea enemiga, y salir á recorrer la comarca en busca de auxilios, no sin arrancar ántes de sus paisanos promesa y palabra formal que le dieron de sostenerse hasta que él volviera. Siguiéronle á poco sus dos hermanos el marqués de Lazan y don Francisco, que

llegaron al anochecer al pueblo de Osera. Entretanto los vecinos que despavoridos huían del centro de la población se agolpaban á tomar el puente de piedra, causando el apiñamiento y la confusión muchas desgracias. En vano el comandante de la puerta del Angel espada en mano intentó contener la muchedumbre; los lamentos de las mugeres hacían inútil su esfuerzo. Llegó en esto el teniente de húsares don Luciano Tornos, y mandando con resolución volver los cañones del puente y de San Lázaro hácia la multitud, y tomando en la mano una mecha, amenazó ametrallarla si no retrocedía: á esta demostración añadieron algunos eclesiásticos sus exhortaciones; el pueblo entonces se sobrepuso, reanimáronse los espíritus, y todos volvieron con nuevo ardor al lugar de la pelea.

Queriendo los franceses perseguir los paisanos hasta el puente que comunica con el arrabal, pero desconociendo las calles de la población, en vez de tomar la de San Gil, metiéronse por la estrecha y tortuosa callejuela del arco de Cineja. Aprovechando aquella equivocación los zaragozanos, en tanto que de todas las casas acibillaban á la encallejonada columna, arremetiéronla por los extremos y la destrozaron. En esto volvió Calvo del arrabal con seiscientos hombres de fresco; el anciano capitán Cerezo se presentó al frente de los suyos armado de espada y rodela, trage que caracteriza lo extraño de aquella lucha popular, y

todos embistieron furiosamente por diversos puntos la calle del Coso en que acampaban los enemigos, lo cual unido á los disparos de carabina y de trabuco que les hacían desde las casas, los amedrentó de modo que tuvieron á bien guarecerse en los edificios del hospital general y San Francisco. Así sobrevino la noche. Imposible describir las hazañas personales de los zaragozanos en aquella ruda y espantosa pelea. «Zaragoza, dice el cronista de aquellos sitios, parecía un volcán, en el estrépito, en las convulsiones y en los encuentros rápidos con que donde quiera se luchaba y acometía. Todo era singular y extraordinario; unos por las casas, otros por las calles; en un extremo avanzando, en otro huyendo; cada cual, sin orden, formación ni táctica, tenía que hacer frente donde quiera lo exigía el riesgo: franceses y españoles andaban mezclados y revueltos: rara cosa se hacía por consejo ú orden, y todo lo gobernaba el acaso..... Si el enemigo asaltaba una casa derribando alguna entrada por la calle del Coso, allí estaban luego los patriotas, que ejecutando lo mismo con las puertas de la espalda, ó entrando por las inmediatas, los cogían entre sus manos, clavándoles el acero en el pecho.....» Cansase el citado cronista de citar nombres propios de los que más por sus proezas se señalaron entre los valientes, que lo eran todos. ¿Pero qué mucho que lo fuesen los militares, como Renovales y Ferrer, los patricios ilustres como Calvo de Rozas, los eclesiásticos como don San-

tiago Sas, los monjes como fray José Garin, los hombres del pueblo como el tío Jorge, si lo eran también las mugeres, lo mismo de la humilde ó modesta clase como Casta Alvarez, que de la alta y noble como la condesa de Bureta, prima de Palafox (1)? En aquel día de continuo y recio pelear fué herido el mismo general Verdier.

No quedó defraudada la confianza del pueblo en su querido caudillo Palafox. En su busca, y con objeto de enterarle de la situación en que las cosas quedaban, y de estimularle si necesario era, había salido, ya tarde, Calvo de Rozas. También fué allá, llevado de un fin semejante, el tío Jorge. Encontráronle en Villafranca de Ebro. No había sido infructuosa su expedición. Tropas llegadas de Cataluña se reunían en Osera, y además un cuerpo de cinco mil hombres procedente de Valencia pisaba ya el territorio aragonés. En el acto despachó Palafox, y aquella misma noche entraron en Zaragoza como emisarios el teniente coronel Barredo y el tío Jorge, anunciando la próxima llegada de los refuerzos, con que se realentó el espíritu

(1) Con razón dice un historiador nuestro: «Debieran haberse eternizado muchos nombres que para siempre quedaron allí oscurecidos, pues siendo tantos y habiéndose convertido los zaragozanos en denodados guerreros, su misma muchedumbre ha perjudicado á que se perpetúe su memoria.»—Toreno, *Revolucion*, lib. V.—Sin embargo, muchos de

estos nombres citó y dió á conocer Alcaide Ibieta en su *Historia* de los dos sitios, de que acaso no hubiera sido impropio hacer mención en una *Historia* especial de la guerra de la Independencia; así como en esta que escribimos no sería posible, sin desnaturalizar su índole, llenar el vacío que el ilustre conde advierte, y que todo buen español debe sentir.

de aquellos heróicos defensores, y se acallaron las hablillas de algunos descontentos y mal intencionados. Grande fué el entusiasmo, grande el ardor de los zaragozanos al ver en la madrugada del 5 entrar un cuerpo de quinientos guardias españolas conducido por el marqués de Lazan, enviado de vanguardia por su hermano, en tanto que él con el grueso de la fuerza hallaba medio de burlar la vigilancia del general Lefebvre, que mandaba otra vez en jefe después de la herida de Verdier, y noticioso de los movimientos de Palafox se había interpuesto para impedir su entrada, con la esperanza de destruirle con tal que le pudiera batir en campo abierto. Terrible fué también el día 5 en Zaragoza. Los choques y reencuentros continuaron en cada plaza, en cada calle, en cada casa, hasta de balcon á balcon y de tejado á tejado, sin que en esta lid pudiera servir á los franceses la ventaja de la disciplina, y siendo de mucha para los nuestros la protección de las familias en cada casa cuya posesión se disputaba.

Así se pasaron los días siguientes hasta el 8, que habiendo logrado Palafox cubrir con tres mil hombres de Huesca la altura de Villamayor que ocupaba, acertó á encubrir á Lefebvre su movimiento, y burlando su vigilante observación, penetró con su refuerzo por las calles de Zaragoza, alumbrando un sol claro su entrada, y llevando su presencia la confianza y el júbilo á todos los corazones. Inmediatamente congregó un con-

sejo de guerra, en el cual se resolvió continuar defendiendo la ciudad palmo á palmo con el mismo teson que hasta entonces, y en el caso de que el enemigo los fuera arrojando de cada barrio, cruzar el río y defenderse en el arrabal hasta morir todos si fuera preciso. Resolución que en gentes tales ya no puede admirarnos, y que se hubiera cumplido, pero que por fortuna hizo innecesaria el mal semblante que las cosas tomaron para los franceses. Llególes en aquellos días la noticia de la gran victoria de nuestras armas sobre sus legiones en Bailen. Increíble no obstante les parecía, hasta que recibieron órden de Madrid para levantar el sitio y replegarse á Navarra. Todavía los detuvo allí una contraórden comunicada por el general Monthion desde Vitoria. Pero el día 11 (agosto) supieron la salida del rey José de Madrid, y el 13 recibió el sitiador la órden definitiva de retirarse. A tiempo fué en verdad, porque aquel mismo día la división española procedente de Valencia, al mando del mariscal de campo Saint-March, corria á meterse en Zaragoza conducida en carros voluntariamente aprestados por los naturales del país. Al levantar Lefebvre el sitio voló los restos del monasterio de Santa Engracia, hizo lo mismo con los almacenes y otros edificios de Torrero, destruyó pertrechos de guerra, arrojó al canal mas de sesenta piezas de artillería <sup>(1)</sup>,

(1) A saber: Obuses de 8 pulgadas. . . . . 5  
Morteros de 12 pulgadas. . . . . 5 Cañones de á 48. . . . . 2

y la mañana del 14 emprendió la marcha hácia Navarra, «caminando las tropas, dice un historiador »francés, con el corazón lacerado, mostrando la mas »honda tristeza en su semblante, y humillados hasta »el extremo por verse precisados á retroceder ante soldados á quienes tenían en poco <sup>(1)</sup>.» La división de Valencia los fué siguiendo hasta los confines de Navarra.

Tá y tan glorioso remate tuvo el célebre sitio de Zaragoza en 1808, en que además de haber sido humilladas las águilas francesas por hombres en su mayor parte no acostumbrados al manejo del cañon ni de la espada, por soldados inespertos y por labriegos y artesanos, pudo ver ya, no solamente Napoleón, sino la Europa entera, de cuánto eran capaces hombres de tan duro temple y de corazón tan animoso. Escusado es ponderar el orgullo con que los zaragozanos vieron alejarse de los contornos de la ciudad los batallones imperiales que habían creído poder enseñorearse de ella en una noche, y marchaban con la vergüenza de no haberla podido dominar en dos meses de ruda y diaria pelea. En el

Idem de á 46. . . . . 4 la torre de Forcada.  
Id. de á 12. . . . . 3 4 obuses en la ribera derecha  
De diferentes calibres. . . . . 35 del Huerva.

Además dejaron las siguientes piezas: 29 cañones y un mortero en la batería levantada contra las tapias de Santa Engracia.—En la Casa Blanca se hallaron 56 cureñas de buen servicio.

3 obuses en la huerta de Capuchinos.  
2 morteros en el conejar de (1) Thiers, Historia del Imperio, lib. XXXI.

júbilo de verse libres de enemigos no reparaban en que media ciudad quedára arruinada, y en que sus casas se hubieran hundido, ó humeára todavía en ellas el fuego. Su primer cuidado fué dar gracias al Todopoderoso y á la Virgen del Pilar, objeto de su especialísima devoción, así como celebrar solemnísimas honras fúnebres por los que habian fallecido defendiendo la religion, la independencia y la libertad de la patria. Palafox, además de otras recompensas con qué premió á los defensores de Zaragoza, creó un distintivo, que consistia en un escudo con las armas del rey y las de Aragon, y con el lema siguiente: *Recompensa del valor y patriotismo* (4).

(4) En la citada Historia de los Dos Sitios de Zaragoza de don Agustín Alcaide Ibieta se inserta buen número de documentos relativos á este primer sitio, proclamas, bandos, correspondencia de los gefes españoles entre sí, partes de los comandantes de los puestos, etc., en que se dan curiosos pormenores sobre los muchos incidentes que diariamente ocurrían en aquel memorable asedio. Hay también un estado nominal de los heridos en la acción del 15 de junio llamada de las Eras; otro de las fuerzas francesas que, según el general Foy, habia en España en mayo de 1808; un resumen general de la fuerza y organización del ejército permanente español en la misma época; otro de las fuerzas que habia en Zaragoza á principios de junio, y otro de las que existían en todo el reino de Aragon en 13 de agosto.

Además de lo que sobre este primer sitio de Zaragoza se lee en las historias españolas y francesas de la Guerra de España contra Napoleon, y además de los diarios, gacetas, proclamas y manifiestos, que se publicaron sobre este particular episodio, escribiéronse sobre él varios opúsculos, de los cuales se imprimieron algunos, y otros permanecieron inéditos; tales como la *Campaña de verano del año 1808 en los reinos de Aragon y Navarra*, por el marqués de Lazan; *Defensa de Zaragoza, ó Relacion de los dos sitios, etc.* por don Manuel Caballero, que se tradujo al francés; *Sucinta relacion de las obras ofensivas y defensivas que se han ejecutado durante el sitio de la ciudad de Zaragoza en el año 1808*, por un oficial del cuerpo de ingenieros; *Excesos de valor y patriotismo, ó Relacion de lo ocurrido en los dos sitios de*

No marchaban con mas prosperidad para la Francia los sucesos de la guerra en Cataluña. Los somatenes habian tomado en algunos puntos la ofensiva, y el castillo de San Fernando de Figueras que defendían cuatrocientos franceses se vió muy apurado y á punto de tener que capitular con aquellos, á no haber sido tan oportunamente socorrido por el general Reille, que ahuyentó á los catalanes (5 de julio). Este mismo general intentó tomar por sorpresa á Rosas (11 de julio), uno de los puntos en que tenían su apoyo los insurrectos; pero vigorosamente rechazado de allí, sufrió á su regreso no poco descalabro en sus tropas, acosadas por los somatenes que acaudillaba el valeroso y práctico don Juan Clarós.

Mas la empresa de importancia que en este tiempo acometió el ejército francés de Cataluña fué la de Gerona. No podia Duhesme soportar la humillación que el mes anterior habia sufrido ante los muros de esta plaza, y ansioso de volver por su honra y de vengar el agravio, salió de Barcelona el 10 de julio al frente de seis mil hombres, gran tren de artillería, escalas y aprestos de sitio, haciendo, á imitación de César:

*Zaragoza, etc.*, por el Dr. don Miguel Perez y Otal; y otros varios que seria prolijo enumerar. De todos ellos hemos tomado lo mas que á nuestro juicio puede en una Historia general tener cabida; y aun, como observarán nuestros lectores, atendida la importancia de tan gloriosa lucha, le damos en nuestra Historia acaso

mas estension de la que en rigor le corresponde por su naturaleza de general, y tanta por lo menos como en las particulares que sobre la guerra de la independencia se han escrito; lo cual hacemos en gracia de nuestros lectores, y esperamos que por lo mismo no lo habrán de mirar con desagrado.